

Primer premio Ornitología (Daniel García Florindo)

I

El ruiseñor que canta en el poema
una mañana eterna –dice Keats
descansando la pluma en el tintero-
se oirá también ahora, si hay silencio
y el tiempo de la música se expande
en el hueco concéntrico de un sueño.

Los ruiseñores, digo, que Juan Gelman
echó a volar de nuevo en Buenos Aires
una mañana igual, pero con sed inversa
siguen volando y cantan, cantan, cantan...

Ahora bien, cuidado con el símbolo
de especies que no cantan, ya sabéis:
el buitre que devora el alma de Unamuno,
el cuervo que tortura la conciencia de Poe
o el albatros que vuela majestuoso en el cielo
y en tierra es Baudelaire humillado y maldito,
muerto quizás a manos del viejo marinero
que escribió Coleridge en su balada.

Con sus sombras a veces sobrevuelan
la nieve de las hojas que buscan un sentido
a los cisnes salvajes en la Irlanda de Yeats,
al cisne incuestionable de engañoso plumaje
y el cuello retorcido que inventó el gran Darío.

Todos los cisnes flotan en la nieve –invisibles,
lo sabemos -, incluido el que refiere
libre y triste René Char tras la ausencia.

II

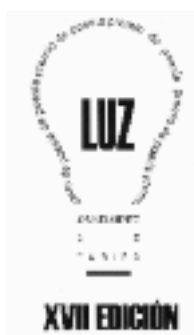
Ya vuelven las oscuras golondrinas
que Bécquer liberó de la memoria
(*Libro de los gorriones*) manuscrita
aquella noche antigua de Toledo.

Ya el gorrión de José Emilio Pacheco
bajó a las soledades de un jardín mexicano.

Ya graznan en la China de Li Po
los cuervos por la tarde dibujados
y regresan las aves de Cracovia
en una primavera que Szyborska anticipa.

Una bandada cubre la nieve del espacio.

Yo, oculto en el envés de las palabras,
distingo cada canto y sus llamadas,



observo el movimiento de sus alas,
la forma de los picos y el color de las plumas,
con qué gracia se posan en las líneas escritas.

Pero esta vez decido un fognazo,
un disparo hacia el aire
que dibuje una elipse caligráfica,
que levante una auténtica estampida:

Y un huracán de negras palomas abandonan
el Nueva York de Lorca, se equivocan,
chapotean las aguas de un poema de Alberti,
cambian de rumbo y buscan otra rama,
otra aurora en el verso de Aleixandre
donde graciosos pájaros se copian fugitivos.

Segundo premio La ventana (Cecilia Oliva Ruiz)

Nada hay.

Sólo el humo.

La roca guarda sus pequeñas flores.

El invierno
está vestido de acero.

La niebla espesa tiembla ahí fuera.

La piedra sitia su rojizo musgo mientras
la invisible palmera de viento
araña el techo de la plaza.

El aire dispara ráfagas de pájaros
negros.

Nadie hay.

Sólo el hombre viejo, sentado
con su carga de tiempo.

Un perro, innecesario para el momento,
mueve su fiel cola opaca.

Nada hay.

Sólo el desolado espacio lento.

Sólo el hombre viejo solo.

